

M^a CARMEN COPETE GÓNGORA

MIASIS

**II PREMIO DE NOVELA CORTA
EL PROCESO**

EL PRINCIPIO

I

El desgarrón de la moqueta estaba infestado de gusanos. Un cúmulo incalculable, blanquecino, que culebreaba interpretando una danza obscena y funesta. Inmóvil en mitad del salón, Klaus contempló las larvas con las cejas levantadas. Había imaginado que cuando la infección colonizara su casa iba a experimentar una mezcla de miedo y angustia. Pero no había sido así. En su interior, bogaba la indiferencia como en un mar en calma.

Quizá se debiera a que los gusanos eran organismos de primer estado y eso quería decir que todavía faltaban unos días para que se transformaran en moscas. En el pueblo las diferenciaban por el color. Las larvas eclosionaban los huevos luciendo un color lechoso y húmedo que mutaba con ellas hasta que se convertían en

criaturas voraces, gordas como granos de arroz inflado y coloreadas con una tonalidad irisada y sobrenatural.

Pero no, no era eso.

Era la fuerza de la costumbre. Desde que tuvo conocimiento de la plaga, apenas un mes atrás, Klaus había transitado por todos los estados conductuales que surgen tras una situación de riesgo. Conmoción, inhibición, estupor. Miedo profundo a morir devorado por los gusanos. Ansiedad. Aceptación. Por eso, hallaba sosiego en la repetición, aunque fuese la repetición de un hecho abominable.

Las moscas habían entrado en la casa, habían puesto huevos debajo de la moqueta y después se habían marchado a retozar en su cubil. Nada nuevo en su realidad de pesadilla. Esos monstruos se ocultaban durante el día, como si temieran la luz del sol, pero regresarían cuando la noche fuese tiniebla y el pueblo se agitará en un sueño convulso. Uno podía intentar ocultarse de las moscas encerrándose en un cuarto con las ventanas cerradas, con toallas embutidas debajo de la puerta, pero resultaba imposible sustraerse a sus larvas. Klaus estaba habituado a ellas, aunque eso no quería decir

que no estuviese decidido a sanear la moqueta y arrojar a la basura la cosa orgánica que los engendros debían de estar devorando.

Consultó su reloj de muñeca. Las nueve de la mañana. Tenía algo de tiempo antes de irse a trabajar, así que programó la alarma para que sonara en treinta minutos.

Se puso un mono de tela gruesa encima de la ropa y subió al altillo de la casa en busca de las herramientas que iba a necesitar y que guardaba en un pequeño armario de plástico. Cogió una espátula, un cúter y un botecito con disolvente y los echó al interior de una bolsa.

Antes de cerrar las portezuelas, dedicó unos segundos a contemplar con desidia los anaquelos atestados. Despuntando entre un batiburrillo de utensilios, los artículos insecticidas y otros desinfectantes que la Organización les había dado muy al inicio de la plaga. Tres botellas de litro de cada producto por familia. Klaus las empleó al principio, como todos, pero fue de los primeros en arrumbarlas al fondo del armario una vez se hizo evidente su nula efectividad. El insecticida no destruía las colonias de moscas. Y los desinfectantes no lograban traspasar las defensas extraordinarias de sus larvas.

Al comienzo de la plaga, Abel, el administrador del bar, le había trasladado a Klaus sus sospechas sobre los desinfectantes, afirmando que la Organización ya sabía que no iban a funcionar y que todo formaba parte de un plan urdido por ellos. Klaus andaba demasiado ocupado entonces como para darle crédito a las desconfianzas de Abel, pero ahora, mientras observaba las botellas plásticas sin etiqueta, se preguntaba si su vecino podía haber tenido razón.

—Bueno, tampoco es que pueda hacer nada con eso —suspiró, resignado.

La Organización no daba señales de vida desde hacía ya dos semanas.

Klaus seleccionó unos guantes de poliuretano y una pala y regresó al salón, donde se quedó plantado sintiéndose invadido de repente por una colosal sensación de agotamiento. Los gusanos se agitaban en el desgarrón, convertidos en una masa blanda y palpitante que segregaba regueros de baba translúcida. La saliva apestaba a carne descompuesta. Klaus arrugó la nariz, pero era imposible evadirse del hedor. Se quedaba en uno, adherido a la piel. Cerró los ojos y resopló. Le hubiera gustado colocar un mueble para ocultar el desgarrón y lo que morase debajo, pero eso sólo

sería una solución temporal. Las larvas completarían su metamorfosis de todos modos, las moscas emergerían al exterior y el pueblo continuaría su lento deambular hacia la putrefacción.

El sonido estridente del teléfono lo sacó de sus cavilaciones. La casa tenía uno de esos aparatos casi prehistóricos que funcionaban con cable, pero Klaus lo utilizaba sólo para llamar a Clara y al niño. Se aproximó a la mesita y consultó el número en la pantalla. Era Magda, la higienista que también era enfermera y que lo ayudaba en la clínica.

—Dime, Magda.

—Buenos días, Klaus...

Magda titubeó al otro de la línea y Klaus supo lo que pretendía decirle antes de que lo hiciera.

—Mira... me sabe fatal, pero... nada, mira, que lo dejo. Lore está enferma.

Klaus miró distraídamente el desgarrón en la moqueta. Una herida abierta que supuraba pus.

—Ah... ¿Y cómo está?

—Pues mal. Pero de ánimo, ¿sabes? Quiero decir, es muy pronto todavía. Ayer por la noche se vio las primeras pápulas. La miasis no parece muy extendida... Aunque ya sabes que eso no significa nada.

Klaus asintió. Cuando la mosca iniciaba la colonización de un organismo vivo, ya no era posible devolverlo a su estado primitivo. No existían paliativos. La buena de Lore era un trozo de carne que había comenzado a pudrirse. Se trataba del patrón habitual. Las larvas la engullirían de adentro afuera, y ese ciclo de vida sobrenatural continuaría girando. Porque era eso lo que creían muchos de sus vecinos: que las moscas y sus larvas eran seres que no pertenecían a su mundo.

—Por eso —retomó Magda— voy a quedarme con ella. Vamos a... dejar el pueblo.

Klaus apartó la mirada de la moqueta y frunció el ceño.

—¿Cómo que dejar el pueblo? —replicó, confuso—. No se puede dejar el pueblo sin ayuda de la Organización. ¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Adónde pensáis ir?

Klaus había aprendido a fuerza de golpes que abandonar el pueblo lo dejaba a uno irremisiblemente perdido en la desconocida vastedad de sus alrededores, además de sumido en la terrible certeza de que realmente existía algo más allá de lo terrenal que le impedía regresar a casa. Lo único que Klaus conocía del lugar donde vivía desde hacía casi dos meses era que estaba aislado en

algún punto remoto del desierto de Tabernas y alejado por completo de cualquier núcleo habitado en varios kilómetros a la redonda. Con todo, al inicio de la plaga, Klaus había intentado escapar en más de una ocasión, pero todas esas veces había sido engullido por la aridez de colmillo que exhalaba el desierto. Desistió el día que se perdió en las cárcavas de las *badlands* y casi termina deshidratado y mordisqueado por los zorros.

—No sé, Klaus. Me da igual. Sólo quiero salir de aquí.

—Bueno...

—De todas maneras...

—Sí, claro —la interrumpió Klaus, para no escuchar lo que ella iba a decir a continuación.

Que el trabajo se había vuelto una empresa inútil.

—No te preocupes, Magda, me las arreglaré.

—Pero ¿estarás bien?

—Seguro. No espero recibir a demasiados pacientes.

Y eso era condenadamente cierto. No podía culpar a Magda por haberse rendido a las evidencias sociales. El trabajo entendido como tal había perdido todo su significado desde que la Organización dejó de responder a sus llamadas

de auxilio. Trabajar suponía el acopio de escasos réditos, porque la desesperanza era un animal que mordía y despedazaba. ¿Quién quería dar el callo en condiciones tan desoladoras? Quedaba apenas un reducido grupúsculo en el pueblo que quería trabajar, y Klaus sabía que incluso ellos sucumbirían pronto.

—Cuídate, Magda.

Colgó de prisa para concentrarse en la moqueta, que ocupaba buena parte del salón. La tela arrumbada parecía una lengua purulenta y velluda. Klaus imaginó que sería complicado retirarla del todo, pero comenzaría por el desgarrón. Hundió el cúter en el resquicio entre la moqueta y el rodapié y rasgó algunos metros de tela. Luego cogió el extremo del desgarrón y tiró con fuerza. La moqueta se desprendió mostrando una leve resistencia y reveló cúmulos de gusanos incluso donde Klaus había supuesto que el material estaría sano.

La baba rezumó en un miasma conocido y tranquilizador, mostrando que los hechos se sucedían como era habitual tras la debacle. Moscas, huevos, larvas, pestilencia, pupas, moscas.

—El ciclo de la vida... —susurró Klaus.

Tiempo de sosiego. Y que nada mutase, que la muerte continuara siendo muerte.

Se puso manos a la obra. Retiró paladas repletas de larvas, que arrojó al interior de una bolsa de basura. Los fluidos translúcidos se escurrían lentamente por la plancha metálica mientras los gusanos se agitaban, sofocados en el plástico. Klaus apartó la bolsa, se acuclilló e inspeccionó el suelo de hormigón recién expuesto.

—Pero ¿y esto?

Había esperado ver algún resto orgánico que justificara la presencia de los gusanos bajo la moqueta, pero allí no había nada.

Y, aun así, el suelo estaba repleto de agujeros viscosos.

—¿Se han estado comiendo el hormigón?

Klaus parpadeó, confuso, mientras observaba los agujeros. Segundos después, un miedo cervical se apoderó de él. La burbuja de la costumbre se resquebrajaba ante la imposibilidad de controlar lo inesperado. Hasta entonces, las larvas se habían empleado a fondo en devorar los tejidos orgánicos, vivos o muertos, donde su madre las depositaba en forma de huevos. Eso era lo normal en su realidad sobrenatural, a lo que estaban habituados. Eran las reglas del juego. ¿Cómo era posible que ahora subsistieran engullendo hormigón? ¿Cómo podían siquiera metabolizarlo?